

## La Realidad en los Sueños

Le debía a alguien unas últimas palabras, aquella despedida, pero ya no hay nada que se pueda hacer. Y aunque quisiera decir que me arrepiento hay algo que no me deja; ese algo, puede que ni siquiera sea real, se siente como la escasez en sí misma; más bien como una ilusión que se evaporó dejando siluetas de vapor negro en su adiós que formó y no llueve de sus nubes pese a que debería llover esperanza. Hoy no sé en qué creer, todos aquellos mitos han muerto sin dejar rastro: aquellos de cuando niño, mirando lo que sea que llamara mi atención, pensando en ellos, me llenaban de ilusión sobre un futuro en el que pudiera ser feliz. Pero todo cambia sin que uno se dé cuenta o pueda hacer algo al respecto, que si bien, cuando te percastes de ello, sabrás en seguida que es demasiado tarde. Aún recuerdo las envolturas de caramelos guardadas en los bolsillos de mis pantalones, los mismos que mi madre se preocupaba tanto en que siempre estuviesen limpios. Solía guardar las envolturas para jugar con ellas después, pretendía inventar figuras de origami, de aquellas tan complejas con formas de animales, pero nunca conseguía nada; entonces mi padre me veía sentado en un rincón jugando con un

pedazo de basura pensado que tenía a un idiota como hijo. Pero no lo culpo, quizá en este momento, ahora que soy bastante viejo, pensaría lo mismo. Como sea, esta historia no habla de los recuerdos de la infancia, sino de una deuda y no una cualquiera porque —como ya lo dije— a alguien le debo una despedida.

Si tuviera que decidir, más bien, si me pidieran la mejor manera de comenzar a contar esta historia lo haría contando una mala anécdota que con ella se relacione porque creo que las malas anécdotas sacan a flote todos los matices de una vida. Entonces volveré a contar de cuando era niño; diré que no fue una infancia deseable pero tal vez exagere. Diré que no tuve ningún cumpleaños porque eso no importaba, yo no importaba. Diré que mi padre jamás me llamó hijo hasta que se hubo arrepentido de ello cuando yo era mucho mayor y ya realmente me había dejado de importar. Pero para comenzar bien; una vez, no recuerdo qué edad tenía, era pequeño pero no tanto, —ya podía contar hasta el cien. Hubo una excursión en la escuela a la cual tuve que asistir, y lo hice con gran entusiasmo porque no era frecuente en mi familia salir como tal a visitar lugares, viajar o simplemente salir a cenar; no sé por qué pero nunca fue así. En fin, aquel día preparé mis cosas: todo lo que necesitaría un niño para excursiones escolares. Mantuve una gran sonrisa todo el camino directo a la escuela. Con mi comida dentro de mi pequeña mochila y ella a mis espaldas; era, en ese momento, una imagen feliz de mí mismo,

hasta logré mantener una gran sonrisa durante todo el camino de ida: la sonrisa más duradera que tendría jamás. Al llegar noté el desorden casual de un evento mal organizado —cuando te das cuenta que las cosas no se hicieron con el interés suficiente— y el cansancio de personas mayores que escogieron su ocupación por equivocación. Sin embargo no importaba, yo estaba contento ciegamente: era un niño. En aquel día el tiempo pasó tan lento y lentas fueron las horas que no veía la forma de pasar el rato, debido a mi emoción contenida, debido a que nada pasaba. Me limité a sentarme en una esquina mientras miraba la curiosa contienda entre un montón de niños eufóricos y las maestras perdiendo el juicio tratando de controlarlos, yo y mi emoción contenida. Aún tratando de recordarlo me parece difuso: tiempo después, todo eso dejó de importar. Al parecer, por falta de “recursos”, se tomó la decisión de posponer la excursión, se le comunicó a todos los padres y los niños regresarían a sus casas. Como se ha de suponer, yo estaba devastado. Al llegar a mi casa arrojé mi pequeña mochila y me acosté en un rincón de mi cama. No me moví de ahí por horas; ya no recuerdo por cuánto tiempo fue que estuve así pero debió de haber sido mucho como para que aún hoy en día me asalte el recuerdo de vez en cuando.

Todos los días pienso en cosas diferentes; cada día que pasa es una noción nueva de algo que no se me había ocurrido antes. Pienso, por ejemplo, en los albores de las mañanas y en los de las tardes y

creo que es magnífico, aunque otros días piense que no hay nada que importe menos, pues es algo que pasa todos los días, es algo normal ¿por qué debería de maravillarme? Y es justo en ese momento que recuerdo cosas sobre mi infancia, ese sentir me trae de regreso al pasado como una hoja seca de otoño que el viento levanta de súbito con el respirar de su aliento, y ésta no espera la hora por regresar al suelo porque el vuelo es suntuoso: está lleno de idas y vueltas, uno se convierte en presa de los remolinos que el viento forma a su capricho, maniobra con elegancia el camino pero, cuando se le acostumbra al frenesí, se le deja caer como desenlace de un ascenso que parecía no tener final; de pronto uno se golpea, no con el suelo, sino con la realidad. Así se siente recordar las memorias de un pasado agridulce.

En fin, una vez, en una de esas precipitaciones del viento en las que uno se convierte en presa del pasado, recordé una de mis más dulces memorias. Intento no recordar aquello a menudo porque el despertar de ese sueño es más súbito que ninguna otra cosa que sea capaz de recordar: aquello lo golpea a uno como esos momentos en los que se tiene verdaderamente noción del tiempo, cuando se percata, tarde o temprano, de su efímera existencia; veinte años, treinta años, cuarenta... todo en un parpadeo, y se da cuenta, también, que no se puede volver a lo que era antes. Así de estridente es ese despertar, pero el sueño es sublime; casi vale la pena.

Hubo un tiempo, sin embargo, en el que sí valía la pena, lo sabía muy bien. Me aprovechaba de

lo insignificante que era el amargo despertar ante la dulzura de aquel sueño. En ocasiones me excedía tanto que mis sentidos se empalagaban, entonces descansaba pero volvía siempre; me aprovechaba de lo único que me hacía sentir bien. Y, al final, tal fue mi exceso que la dulzura se desbarató menguando poco a poco casi cual terrones de azúcar desintegrándose entre mis dedos. Me asustó esa noción. Caí en cuenta de la fragilidad de mi alegría, así que lo dejé para siempre quizá para recuperarlo al final de mis días o en mis más desesperados momentos.

Y fue entonces cuando este sueño me asaltó, hace poco, en uno de esos arrebatos del pasado; era el mismo de siempre, con todo y su despertar abrupto: me estremecí cuando este terminó pero me sosegué de inmediato para intentar retener en la mente los más mínimos detalles:

Era joven e ingenuo (esas dos cualidades que siempre van de la mano), en aquellos tiempos sobrepensaba el futuro, cosa de la que me arrepiento amargamente porque en verdad no sirvió de nada; lo digo ahora que tengo canas en el cabello y nada más distinguido de lo que pueda alardear. Como sea; en esa época vivía solo, aún cursaba mis estudios y tenía la fortuna de tener, en ciertas ocasiones, el tiempo libre suficiente como para desperdiciarlo en bobadas; era una época bastante amena; quizá, si quisiera tener la certidumbre para decir que fue la mejor época de mi vida, pasaría el día entero comparando momentos, pero no me gustaría soñar

durante tanto tiempo: quién sabe qué pudiera pasar. Dejemoslo en que muy probablemente haya sido la época más feliz de mi vida. Hoy me causa gracia las condiciones tan simples de ésta, lo sencilla que era mi existir y, aun así, era suficiente.

Regresando al sueño; poco importan realmente los detalles triviales en los que describo cosas como en dónde vivía, qué estudiaba, mis cenas habituales. Lo que sí importa es el aclarar mi pasatiempo favorito, —del cual también me arrepiento en ocasiones—, me limitaba a imaginar situaciones completamente distintas a la realidad, —lo que más tarde devino en la aflicción de sueños constantes que ya describí anteriormente—, entonces me sumergía en aquellas ilusiones fantasiosas de las que no quería salir, sin embargo, al final no eran más que eso: ilusiones, nada menos real.

Pero hubo una ocasión en la que despabilé de ese sin fin dormitar, —cándida era la brisa y eternos los segundos. Miraba a los ojos de una amiga de mi juventud, —adoraba sus ojos, eran los más hermosos que vería jamás, pero yo no lo sabía. Así que la miraba y sencillamente le dije “mírame, no parpadees”, como en aquel juego infantil del que uno se acuerda sólo cuando se le desbordan las ansias de un beso. Para mi sorpresa así lo hizo; mis intenciones no eran buenas, aunque ella no lo sabía; creí que se apartaría de inmediato cuando tomé su cintura y me le fui acercando poco a poco, pero no lo hizo; entonces sentí sus labios derretirse entre los míos y ella también lo sintió así, lo supe por el ritmo

de su respiración: desigual, torpe y sedienta. El instante se consumió irremediabilmente. Nos alejamos en cuanto todo terminó. Pasó el tiempo, las cosas cambiaron y nunca la volví a ver. Que si teníamos vidas distintas, lo nuestro no pudo funcionar o el destino nos alejó; nada de eso, nada tan romántico, simplemente nos alejamos y ya. No me faltan excusas y nunca las busqué.

He aquí mi más dulce recuerdo, aquel sueño tan buscado y desgastado por los años.

A estas alturas cualquiera pudiera decir de mí que soy un pobre anciano envilecido por las sombras del pasado: un poco de verdad y otro tanto de malicia. Lo único cierto es que jamás aprendí a vivir, esa es la única excusa que necesito.

De vuelta a la realidad. Había recomendado, también, la última vez que nos vimos; —lo curioso de las últimas veces es que, a diferencia de las primeras en donde uno siempre se tiene la certeza de la novedad, uno por lo general no tiene forma de saber que será “la última” sino hasta mucho tiempo después que es cuando se puede estar seguro y la sensación que irradia le termina amargando la vida a uno— fue, de hecho, un encuentro fugaz en la estación de camiones de la ciudad donde viví mi juventud. Tenía la mirada fija en ella justo cuando estaba a punto de largarse; ella, ya en el camión, podía mirarme ahí parado, con los brazos cruzados, esperando su partida. El camión hizo lo suyo y nunca más la volví a ver.

Me di cuenta en la última vez que soñé con aquel beso que nunca me despedí realmente; es esto de lo que se trata todo: le debo una despedida. Así lo siento yo aunque lo más probable es que me engañe a mí mismo sólo para sentirme más cerca de un amado recuerdo. Digo más cerca porque en este mismo instante me dirijo a la ciudad de mi juventud, la ciudad de mis amores.

Nunca supe qué fue de ella es por eso que estoy aquí, en el último lugar donde pude ver sus ojos. Estoy en la misma estación casi solo. El tiempo ha pasado, las cosas han cambiado. Nací roto como decía mi padre, así crecí porque nadie supo arreglarme. Ahora estoy parado con los brazos cruzados justo en el mismo lugar que hace muchos años, pero ahora viendo a la nada. Imagino que vuelvo a ser joven, que enfrente de mí aún no parte aquel camión que recuerdo exactamente cómo era y, luego, imagino que yo subo también, —así como seguramente esperaba que lo hiciera— me voy de aquí con ella para no volver nunca más y vivir una vida completamente distinta. Es esto un sueño y en mi realidad me limito a reír mientras le susurro un adiós a la nada.

